

# **Robertson Davies**

## Un hombre astuto

Traducción de José Luis Fernández-Villanueva

Primera edición en Libros del Asteroide, 2016  
Título original: *The Cunning Man*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Robertson Davies, 1994

© de la traducción, José Luis Fernández-Villanueva, 2016  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-68-9  
Depósito legal: B. 8.044-2016  
Impreso por Reinbook  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño de colección: Enric Jardí  
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

# Índice

I	15
II	123
III	237
IV	371



*Para Brenda y nuestras hijas  
Miranda, Jennifer y Rosamond*



#### NOTA DEL AUTOR

Estoy en deuda de gratitud con el doctor Richard Davis por su asesoramiento en determinadas materias médicas. Doy también las gracias a Moira Whalon por su ayuda para ajustar la cronología de la narración.

Los errores, sin embargo, son todos míos.

El único retrato tomado de la realidad es el de la ciudad de Toronto. Todas las demás circunstancias y personajes son imaginarios y no hay intento alguno de referirme a cualquier persona viva o muerta.





Los hombres astutos, los hechiceros y las brujas blancas, como se les llama en todos los pueblos, si se les busca, curarán todos los achaques del cuerpo y de la mente.

(...) Los males del cuerpo, como demuestra Platón, proceden del alma; y si no se satisface la mente en primer lugar, nunca se podrá curar el cuerpo.

ROBERT BURTON, *Anatomía de la melancolía* (1621)



I



¿Debí haberme llevado la dentadura postiza? En mis años de médico forense lo habría hecho sin dudarle un momento; ¿quién sabe lo que encontraría adherido en los dientes, o en las depresiones que encajan con las encías? Habría estado en todo mi derecho a hacerlo. Pero, en esta extraña situación, ¿qué derecho indiscutible me asistía?

De entrada, ya no era forense, sino un simple médico; en primer lugar, supongo, diagnosticador en la práctica privada, y también profesor en la Facultad de Medicina (Sección de Diagnóstico). Así que yo era, cosa poco habitual, un espectador de excepción cuando el pobre y anciano padre Hobbes murió, justo delante del altar mayor de la iglesia de Saint Aidan. Instintivamente, como un caballo de bomberos cuando oye la campana, eché a correr cuando cayó. Aún no tenía bastantes años para haber aprendido que un doctor jamás debe apresurarse. Cuando Charlie me detuvo con un gesto de la mano, y susurró: «Esto es un lugar sagrado. Déjame a mí», no quise insistir en mis derechos o, si se quiere, en mis privilegios como médico. Charlie expuso sus derechos como clérigo de un modo que no me gustó, pero no quise discutir con él a quién le correspondía actuar. Los dos éramos miembros de parroquias rivales: él, de la casa de Dios; yo, de la casa de la Ciencia, y, dadas las circunstancias, pensaba que mi sacerdocio era igual, si no superior, al suyo. Pero no quise mostrarme resentido ni jugar con

una mezquina ventaja. Estábamos en el templo, había empezado la comunión, y el hombre muerto estaba detrás de la barandilla del altar, y supongo que pensé que Charlie se hallaba en su terreno y, en consecuencia, tenía que respetarlo. ¿Fue por mi parte caballerosidad hacia el débil o desprecio de persona enojada hacia una criatura inferior? Supongo que fue un poco de ambas cosas.

Si me hubiera llevado la dentadura, la historia que esta joven periodista intentaba sonsacarme habría sido muy diferente. ¿Una historia mejor? Cualquiera sabe. Pero seguro que no le iba a decir a la señorita Esmé Barron, del *Colonial Advocate*, todo lo que sabía. Si dejo unas pocas notas sobre la historia en mi mal atendido diario, quizá alguien las encuentre cuando yo muera. Lo que encontrará será mucho más que «unas pocas notas», pero cuando me puse a escribir esto aún no sabía cuánto se apoderaría de mí la historia. No tenía ningunas ganas de confesarme con esta joven atractiva y discreta, de quien no me fiaba un pelo.

Me ha hecho una pregunta y tengo que contestarla.

—Sí. Fui yo quien firmó el certificado de defunción. Examiné el cadáver en cuanto lo llevaron a la sacristía.

—¿Quién lo llevó?

—Dos diáconos que ayudaban a la misa.

—¿Diáconos? ¿Qué es eso exactamente?

—Una especie de aprendiz de sacerdote. En la Iglesia anglicana es el grado más bajo del sacerdocio. El diácono ha de seguir un camino hasta que es ordenado sacerdote de pleno derecho. Tiene algunas funciones, pero no puede celebrar la comunión o dar la bendición. Ni puede oír en confesión, lo cual era un trabajo muy pesado en Saint Aidan.

—¿Era lo que se dice una iglesia muy ritualista?

—Bastante. Todo lo ritual que toleraba el obispo. El oficio de preparación, el Viernes Santo por la mañana, era de mucho ritual.

—¿Un atrevimiento, diría usted?

—Bueno, sí, si usted cree que es un atrevimiento revivir una ceremonia del siglo IX en el Toronto de 1951 que, por cierto, no tiene lo que usted llamaría unas sólidas raíces medievales.

—¿Cómo era? ¿Muy adornada?

—Adornada no es la palabra que yo emplearía. El oficio toma su nombre de la preparación y consagración, la noche antes, del pan y del vino, que se guardan en una capilla lateral. Es algo especial del Viernes Santo y, a las nueve de la mañana, todas las fuerzas vivas de Saint Aidan estaban presentes: el coro de la tribuna estaba allí, con el famoso doctor DeCourcy Parry sentado al órgano, y el coro del presbiterio (el encargado del canto llano) con su director, el distinguido Darcy Dwyer, vestido con las ropas apropiadas de su cargo, y el muy amado y anciano padre Ninian Hobbes como celebrante, ayudado por el padre Charles Iredale, a quien conocía bien, y cerca de doscientos fieles...

—¿Qué clase de gente? ¿Quiénes iban a un sitio como aquel?

—Había de todo. El típico grupo de Saint Aidan. Algunos, evidentemente bien situados; otros, evidentemente pobres. Toda clase de gente, desde blancos a negros, porque Saint Aidan había calado hondo en la población negra de Toronto, con muchos feligreses que entonces trabajaban como mozos en los ferrocarriles. De vez en cuando, alguno de ellos ayudaba en misa. Y se hacían chistes y se hablaba de misas negras. Eran las bromas que gustaban a los feligreses de Saint Aidan: un poco de pólvora mezclada con incienso. Había también nueve monjas de la Orden de San Juan; tenían un convento y una escuela en las cercanías. Oh, era una comunidad muy unida la de Saint Aidan, y como atraía a gente de todas las partes de Toronto, su influencia era muy amplia. Las autoridades diocesanas...

—Perdón, ¿las qué?

—El obispo y los clérigos a su mando que administran todo el distrito de la iglesia. Saint Aidan era una espina clavada, por el tufillo a Roma...

—¿Tufillo a Roma? ¿Qué quiere decir?

—Señorita Barron, si tengo que darle lecciones elementales sobre la historia de la Iglesia, no acabaremos nunca. ¿Sabe que la Iglesia anglicana es protestante? Claro que lo sabe. Pero hay una rama anglicana que pretende ser Iglesia católica en todos los sentidos, salvo en reconocer la soberanía del obispo de Roma. Algunos tienen la

idea casi descabellada de que proviene de la Iglesia celta preagustiniana de Bretaña.

— Ya, lo entiendo, no crea que soy tan tonta. Pero tengo que escribir para mucha gente que no sabe nada de esto, y tengo que hacerlo de manera sencilla e interesante. Así que dígame, ¿cómo es que Roma se ha introducido en una iglesia anglicana de Toronto?

— Costumbres, de por sí no muy significativas, pero que pesan. Llamar «padre» al sacerdote, llamar «misa» a la comunión, hacer reverencias y persignarse durante los oficios... mucho incienso... y docenas de cosas...

— Sí, sí, ya lo entiendo. Pero volvamos al momento en que muere el viejo. Dígame exactamente lo que pasó.

— Todo parecía ir espléndidamente. Como el pan y el vino se habían preparado y consagrado la noche anterior, los llevaron en solemne procesión hasta el altar, después de la adoración de la cruz, acompañada, por cierto, de un maravilloso canto gregoriano. Y mucho incienso. Luego, el padre Hobbes rezó las oraciones de la precomunión, tomó la hostia que le habían preparado, la elevó para que todos pudiéramos verla, la introdujo en su boca, se puso raro y se derrumbó sobre el suelo. Apenas hubo pausa, porque creo que Iredale pensaba que el anciano se había arrodillado. Pero ¿por qué no lo había hecho antes de tomar la hostia? ¿Descuidos propios de su edad? El caso es que al instante se vio claro que se había caído. El padre Iredale y los diáconos se apresuraron a levantarlo, pero solo a medias. Era evidente que el anciano ya estaba muerto.

— ¿Tan rápidamente?

— Yo diría que en menos de diez segundos.

— ¿Cómo supo usted que estaba muerto?

— La larga experiencia. En la guerra... como forense... Aprendes a verlo en el aspecto. Algo se ha ido.

— ¿Cómo lo definiría?

— Exactamente con estas palabras. El alma se ha ido.

— ¿El alma?

— Parece sorprendida.

— Lo estoy. Usted, un médico, hablando del alma.



—Usted lo ha dicho.

—He oído decir al doctor Roseveare, del Hospital General, que ha operado a más de mil pacientes y nunca ha encontrado nada dentro que pudiera identificar con el alma.

—Ya lo sé. También yo se lo he oído decir.

—Pero usted no lo diría.

—No. Yo no lo diría.

—Supongo que por eso estaba allí el día que murió el viejo padre Hobbes, justo al pie del altar.

—En parte, sí.

—¿En parte?

—Dejémoslo así.

—Está bien. Dígame, ¿cuándo puedo volver?

—¿Cuándo ha de tener terminado el artículo?

—No hay prisa. Somos varios los que estamos trabajando en la serie *El Toronto de ayer*. Me gustaría verlo unas cuantas veces más, si le parece bien.

—Me parece bien.

—Pero, antes de irme, dígame una cosa. Quiero sacar la historia real de esta muerte porque luego se habló algo de un santo, ¿es eso verdad?

—¿Podemos dejarlo para la próxima vez? Oigo que ha llegado un paciente a la sala de espera.

Mientras acompañaba hasta la puerta a la señorita Barron, la pregunta me hormigueó de nuevo: ¿debí haberme llevado la dentadura postiza? Charlie Iredale estaba impaciente para que le firmara el certificado de defunción allí mismo, pero, evidentemente, no llevaba el formulario apropiado conmigo y tuve que volver al despacho para hacerlo, y bien hubiera podido llevarme la dentadura postiza para hacer unas pruebas sencillas y ver si podía encontrar alguna evidencia de la causa de la muerte. Pero, como digo, no insistí y, cuando uno de los diáconos vino aquella tarde, le entregué el certificado que decía que el anciano había muerto de paro cardíaco. Como, de una manera u otra, muere todo el mundo.

Y si tenía alguna duda, pronto se disipó.

Tendré que ir con pies de plomo con la señorita Barron. No porque haya nada deshonesto en ella, sino porque tiene la curiosidad insaciable de los buenos periodistas y una manera de examinar las cosas que es peor que lo que uno suele encontrar en los juzgados. He sido testigo pericial en muchas ocasiones, sobre todo cuando fui forense, y sé cómo les gusta a los abogados ser sutiles, incluso cuando no están dotados para ello. Pero los periodistas como Esme no son sutiles; hacen preguntas directas, improcedentes y desconcertantes; enseguida se dan cuenta de una evasiva. Insisten sobre el tema que estás deseando dejar de lado; son implacables y, si no contestas a una pregunta, te dan a entender que tratas de engañarlos.

A mi manera soy tan listo como la señorita Barron. Tengo mucho que ocultar y actuaré consecuentemente. Le daré otras cosas para que meta su nariz en ellas, sin sacar a colación todos los problemas que surgieron tras la muerte del padre Ninian Hobbes.

¿A quién le importa hoy que un sacerdote anciano cayera muerto mientras celebraba la comunión, hace ya tantos años? La respuesta a esto, lo sé muy bien, es que miles de personas estarían interesadas si la señorita Barron pudiera servirles un plato caliente y picante. Insiste mucho en lo que ella llama «el derecho del público a saber», lo cual significa su derecho a vocear cualquier cosa que descubra y que sea escandalosa o lasciva. Pero la mía es una profesión sujeta al secreto de confesión.

Yo ya conocía esta serie de artículos en los que trabaja —*El Toronto de ayer*— antes de que viniera a verme. Fue una idea que tuvo su jefe, y su jefe es mi ahijado, Conor Gilmartin. También es el amante de ella, o ella lo es de él; nunca sé bien qué papel juega el coño en estos asuntos. Resulta que él le pone la breva de la serie en su camino, cuando lo normal es que un artículo sobre la iglesia de Saint Aidan y sus alrededores se lo podía haber dado al redactor religioso (expresión ambigua) del *Advocate*, Hugh McWearie, a quien conozco bien, y que lo habría hecho mucho mejor. En efecto,

fue Hugh, cuando los tres hablamos de la serie, quien dijo que la parroquia de Saint Aidan era, o había sido, uno de los «pueblos» más interesantes de Toronto, y que convendría explorarlo a fondo y escribir sobre él.

Fue uno de los mejores alcaldes de Toronto quien introdujo la idea de «pueblo». La gran ciudad —decía él— tiene un interés especial en Norteamérica, porque está compuesta por una variedad de comunidades o «pueblos»: el chino, el italiano, el portugués, el musulmán, el taiwanés y muchos más, sin mencionar a los judíos, cuya comunidad ortodoxa era virtualmente desconocida por casi todos nosotros. Todos tienden a vivir en barrios identificables, con sus tiendas y lugares de reunión propios; incluso, en algunos casos, con sus periódicos, y cada comunidad se preocupa por la seguridad de los niños, la observancia religiosa y el cuidado de los ancianos, lo cual contribuye en gran medida a mantener bajo el índice de delitos violentos. En lo sustancial, si no en todo, el concepto del alcalde era acertado. El *Advocate* quería ensalzarlo y promoverlo, para lo cual quería escribir sobre cómo se habían formado los pueblos y cuánto conservaban de su carácter los inmigrantes de segunda y tercera generación.

La parroquia de Saint Aidan era interesante porque quizá se trataba del único pueblo anglosajón o anglocelta que se conservaba, y en él la presencia dominante correspondía a su iglesia, grande y activa.

Que si se había hablado algo de un santo, preguntaba Esme. En efecto, se había hablado y, si se volvía a hablar, quería hacer cuanto estuviera en mi mano para que las cosas fueran por el cauce debido. Que era lo poco que yo podía hacer por mi pobre amigo, Charlie Iredale, quien había hecho un sacrificio mayor de lo imaginable. Pero tenía que ir con pies de plomo, porque Esme no tenía un pelo de tonta.

—Supongo que ahora debo llamarte tío Jack.

—No, por favor. Mi nombre es Jonathan, y nunca he tenido mo-tes. No va con mi carácter. Así que tío Jon, si no hay más remedio.

—No, si no te gusta. No quería tratarte con familiaridad. Pero, como me he casado con Gil, creí que doctor Hullah sonaba dema-siado formal.

—No me llames tío nada. Llámame Jon, si quieres, y yo te lla-maré Esme.

Habían pasado muchas cosas en el breve tiempo transcurrido desde que Esme Barron se sentara la vez anterior en el sillón de los pacientes de mi sala de consultas. Porque yo tengo una consulta y no un «despacho» como tantos colegas míos; ya explicaré por qué cuando llegue el momento. Esme y mi ahijado Conor Gilmartin se habían casado; además, se casaron en una iglesia, lo que me sorprendió, porque pensaba que Gil había crecido alejado de todo eso. Fue una ceremonia tranquila y los invitados fuimos pocos. Los padres de Esme, una pareja anodina de alguna parte del oeste de Ontario, donde creí entender que tenían un gran huerto y un invernadero, estaban un poco fuera de lugar; la madre era redonda, como un barril o un cero, llevaba gafas bifocales y medias grises; el padre era bajito, con el aspecto saludable que deben tener los hortelanos, y llevaba su mejor traje, que parecía indestructible y estaba hecho de esa tela gris que recuerda a un antiguo tejado de hierro acanalado. Los padres de Gil, los profesores Brochwel y Nuala Gilmartin, de la Universidad de Waverley, eran viejos amigos míos, y algo más que amigos. Y nadie más, salvo Hugh McWearie, que hizo de padrino de Gil, con su habitual aspecto de dolor resignado (que es engañoso), y una joven cuyo nombre nunca pude entender, que «defendía» a Esme. Esme no parecía necesitarla ni parecía que nunca fuera a necesitar a nadie que la defendiera, salvo a ella misma. Pero Esme estaba bonita como novia, porque es una joven hermosa, y pobre de la novia que no atrae una mirada el día de su boda. No se casó de blanco. Una muestra de su sensatez.

Acudí en calidad de amigo de todos y también como médico, por si Gil se desmayaba al llegar al altar, lo que parecía bastante probable.

Ahora Esme había vuelto a mi consulta y a su trabajo de escarbar en cualquier cosa que fuera interesante y pintoresca del «pueblo» que rodeaba la iglesia de Saint Aidan.

—El asunto del santo —decía ahora—. ¿Qué fue todo eso?

—Oh, solo un poco de entusiasmo pueblerino —contesté—. El padre Hobbes había sido muy popular. En realidad, más que popular. Querido. Porque era un anciano muy bondadoso.

—¿Bondadoso en qué sentido?

—No calentaba la rectoría debidamente. Solo se vestía con ropas que seguramente había llevado durante treinta años. Comía horriblemente poco y esperaba que los sacerdotes que vivían con él hicieran lo mismo. Cada penique que tenía lo daba a los pobres. Y eso, en una época como la nuestra, es una exageración; daba a los pobres cada penique que no se quedaba el gobierno o que no se necesitaba para gastos inmediatos. Solía recorrer el barrio en las noches de invierno, registrando todos los callejones, buscando a los mendigos que, borrachos, pudieran haber caído al suelo con riesgo de helarse. Se traía uno a su casa cada vez y lo acostaba en su cama, mientras él dormía en el sofá, y déjame decirte que dormir en el sofá de la rectoría era una penitencia de santo. Hubo algunas murmuraciones porque era muy generoso con las putas que iban de capa caída. Consiguió que las colegas más prósperas aflojaran la bolsa para ayudar a las que pasaban un mal momento. Y consiguió que las putas fueran a confesarse, y las limpiaba, espiritualmente. Acostumbraba a bromear con ellas y ellas lo adoraban. Tenías que haber visto a las putas en su funeral. Tuvo problemas porque dejó que el edificio de la iglesia se arruinara, regalando el dinero que tenía que haber destinado a calefacción, arreglar goteras y comprar bombillas de repuesto.

»Por supuesto que, con un ejemplo como ese, el dinero llegaba a raudales. Saint Aidan no era una parroquia rica, ni mucho menos, pero la gente apoquinaba de una manera increíble para ayudar al padre Hobbes, porque a él nunca le quedaba nada. El padre Ire-

dale hacía cuanto podía para mantener la iglesia en condiciones, y recibía mucha ayuda de la gente, que daba ropa a los sacerdotes y pagaba la abultada factura de las velas para que las misas quedaran bien siempre. Ah, a las putas les encantaba pagar el incienso. Las putas pueden ser muy devotas, ¿sabes? Necesitan la religión para su oficio. Todo el mundo contribuía. DeCourcy Parry, que se ocupaba de la música, podría haber doblado su sueldo en cualquier otra parte, pero le gustaba el ambiente de Saint Aidan y tocaba la mejor música de Toronto. Dwyer trabajaba desinteresadamente y, si hubieras conocido a Dwyer, sabrías lo que le costaba vencer su egoísmo. Amaba el canto gregoriano y las complejidades del ritual. Aquel era un ambiente extraordinario.

»Por eso no tiene nada de extraño que, a la muerte del pobre padre Hobbes, al pie del altar, para él consagrado como la verdadera mesa de Dios, y a la vista de mucha de esta gente, se dijera que había sido un santo y que había que hacer algo.

— ¿Y qué es lo que hicieron?

— No había que hacer nada. El obispo envió a uno de sus arcedianos para predicar un sermón en el que explicó minuciosamente que la Iglesia anglicana ya no hacía santos, sin que con eso quisiera minimizar la grandeza de los santos de los tiempos anteriores a la Reforma, típico ejemplo anglicano de cómo nadar y guardar la ropa y, después de un tiempo, las aguas volvieron a su cauce.

— No es eso lo que he oído. Me han dicho que hubo bastante ruido e incluso me han hablado de milagros. ¿Tuvo que adoptar el obispo medidas enérgicas?

— Oh, a la gente le gusta exagerar estas cosas. Puedes creerme si te digo que fue una tempestad en un vaso de agua. Como sabes, yo estaba allí.

— ¿No expulsó el obispo a Iredale?

— ¡Cielos, no! Al padre Iredale, al cabo de un tiempo, lo trasladaron a una parroquia en la parte más al norte de esta enorme diócesis. Supongo que el obispo pensó que Iredale estaría contento de poder descansar durante un tiempo de la atmósfera caldeada de Saint Aidan.

—Jon, esto me huele a gato encerrado. No serás tú el gato, ¿verdad?

—Nada más lejos que eso. Pero tengo una memoria privilegiada, cosa que no es corriente.

—Conociste bien a Iredale, ¿verdad?

—Bueno... de niños fuimos juntos al colegio.

4

Juntos al colegio. Todo cuanto digo a Esme de Charlie está condicionado por ese hecho. Todo cuanto digo a Esme está condicionado por el hecho, aún más importante, de ser yo quien soy: Jonathan Hullah, MD, FRCP, \* de probada reputación en el tratamiento de enfermedades crónicas, y algo malfamado entre ciertos colegas por los métodos que empleo en esos tratamientos. Todo cuanto digo a Esme tiene sus raíces en mi niñez y en la totalidad de lo que soy y de lo que ha sido la experiencia de mi vida. ¿Entiende ella eso? No es tonta, de ninguna de las maneras; al contrario, es una joven de agudo ingenio. Pero es una periodista y entrevistadora que no llega muy hondo, porque, si lo hiciera, habría atisbado la claridad en la «historia» que terminará por escribir para el periódico. Hay profundidades dentro de mí que Esme nunca va a explorar y supongo que tampoco quiere hacerlo. Pero esas profundidades hay que explorarlas de alguna manera en el relato de mi diario.

Me pregunto, ¿cuántos entrevistadores tienen idea de la complejidad de la criatura a quien interrogan? ¿Creen realmente que lo que ellos pueden sacarle al sujeto es la totalidad de la «historia»? No los mejores entrevistadores, desde luego. Esme no es mala, pero desea la claridad por encima de cualquier otra cosa, y la claridad no es precisamente una característica del espíritu humano.

Lo que le diga será la verdad en la medida de lo posible, pero en

\* Doctor en Medicina, Miembro del Real Colegio de Cirujanos. (N. del T.)

cuanto a la realidad de la «historia», que ella busca con la energía de un terrier detrás de una rata, lo que le diga no será ni la mitad de lo que sé.

Todo lo que soy queda detrás de todo lo que digo. Así que... Charlie y yo fuimos juntos al colegio.

— ¿Gilmartin?

— Presente.

— ¿Hullah?

— Presente.

— ¿Iredale?

— Presente.

— Así que sois novatos. Dios, ¿qué le está pasando a esta escuela? ¡Vaya nombres! ¡Gilmartin, Hullah, Iredale! ¡Esta había sido siempre una escuela de hombres blancos! ¿De dónde sois, malnacidos?

— Salterton — dijo Gilmartin.

— Salterton — dijo Iredale.

Yo guardé silencio.

— Vamos, Hullah, ¿de dónde eres?

Puesto entre la espada y la pared, tuve que contestar.

— De Sioux Lookout.

— Es la primera vez que lo oigo. ¿Dónde está eso?

— Al norte de Ontario.

El que interrogaba era un zoquete deforme, un asqueroso diablo, encargado de pasar la lista de las cuatro treinta; se llamaba Salter. Salter L., porque los chicos del Colborne College no tenían nombres de pila completos. Tenían apellido y la inicial del nombre de pila.

— ¡Sioux Lookout! Dios, ¿qué va a pasar aquí? — dijo Salter con fingido susto. Luego siguió pasando lista.

Pero nosotros tres, los tres novatos, Brochwel Gilmartin, Charlie Iredale y yo, simpatizamos por no ser «hombres blancos» — así nos definió el troglodita Salter — y nos hicimos amigos desde aquel mismo momento.

Necesitaba amigos. No llevaba todavía cuarenta y ocho horas



en el Colborne College cuando me di cuenta de que los demás muchachos parecían hermanos o, por lo menos, primos hermanos, y que eran *tories* de nacimiento. Yo no tenía parientes y mis padres habían sido siempre liberales. En aquella época, en Canadá, las fidelidades políticas y religiosas eran aún más importantes que la familia a la que se pertenecía o el dinero que se pudiera tener. Me sentí profundamente desvalido, un don nadie, pero aquello no duró mucho. Salter proclamó a gritos y sin ahorrarse palabras que yo venía de un lugar desconocido llamado Sioux Lookout, que indiscutiblemente tenía que ser un vertedero de basuras e, inmediatamente, me apodaron *Muchacho Salvaje*, un arborícola.

Se rieron de mí porque dije «Look-out», poniendo el acento en la segunda sílaba; nunca había oído que se pronunciara de otra manera. Y era una pronunciación lógica, porque Sioux Lookout era un lugar donde los ojibwa, durante siglos, se habían enfrentado y resistido a sus enemigos del sur, los sioux. Así que Atalaya de los sioux, ¿por qué no?

Colborne College era una escuela admirable, pero, claro, eso no quiere decir que fuera un lugar cómodo y agradable. Desde los años de mi mocedad, los mayores esfuerzos de los educadores más entregados no han conseguido que la escuela dejara de ser otra cosa que la escuela, es decir, una jaula con oportunidades educativas. Las escuelas, desde sus orígenes, se inventaron para que los niños no estorbaran a sus padres y, en nuestra época, se les ha añadido la función económica de mantener fuera del mercado laboral a una juventud no impedida. Pero están tan organizadas que solo los zopencos más cerriles pueden entrar y salir de ellas sin haber aprendido unas pocas cosas.

En Colborne aprendimos no solo las asignaturas del programa, sino también la compleja política de la vida comunitaria, cómo comportarse con los mayores y supuestos superiores y una cierta mundanidad, superficial, aunque útil. Aprendimos a doblegarnos sin rompernos. Aprendimos a aceptar la vida como se presenta. A no lloriquear o exigir privilegios que éramos incapaces de ganarnos. Encontramos el sitio —y nos adaptamos a él— que pro-

bablemente nos correspondería en el mundo. Y, entretanto, se nos enseñó un alto grado de astucia para ocultar lo que pudiera ser nuestra verdadera naturaleza. En Colborne podías sentirte artista, esteta, filósofo, fascista o timador, pero solo unos pocos adivinaban tu secreto.

Fue esta última e importante lección, la obtención y ocultamiento de la astucia, para la que ya tenía cierta aptitud, la que busqué en los demás cuando llegué a Colborne, y la encontré enseguida en Charlie Iredale y en Brocky Gilmartin. Nuestra rareza, y lo que guardábamos para nosotros mismos, era que sabíamos adónde queríamos llegar.

La mayoría de muchachos creían que después de la escuela se les abriría un camino, probablemente la universidad o la academia militar; no se preocupaban mucho de lo que pudieran ser. Vivían en un mundo donde sus padres habían seguido unos caminos que no habían elegido con convicción, y estaban más o menos contentos con ser abogados, corredores de bolsa o ejerciendo algunas de las múltiples e inexplicables profesiones etiquetadas como «negocios».

Nosotros tres podíamos definir nuestras ambiciones: Brocky quería ser un sabio profesor universitario; yo quería ser médico, y Charlie —esto tenía que guardárselo bien— quería ser sacerdote. Sí, sacerdote, tal como se emplea la palabra en la Iglesia anglicana. Para casi todos en Colborne esa palabra tenía resonancias de católico romano. Había pocos católicos en la escuela, de la misma manera que había pocos judíos, pero ninguno de ellos hubiera soñado con poner en tela de juicio la estricta línea anglicana adoptada por el director del colegio. Creo que hasta les gustaba, sin duda con sus reservas mentales, pero saboreaban la prosa elegante y la formalidad caballeresca de todo aquello. No trataban de poner de relieve sus diferencias.

Colborne era una buena escuela, pero, claro, no era un paraíso. Ofrecía una buena enseñanza, útil para las tres profesiones que habíamos elegido a tan temprana edad. A los maestros les encantaba que a Brocky le gustara buscar debajo de la superficie de los

idiomas clásicos y modernos; yo, cuando lograba eludir a los clásicos, conseguía mis mejores éxitos en los laboratorios de física y química. Charlie era bueno en historia, y en nada más.

5

Muchacho salvaje. Me hubieran podido poner mote peores o menos apropiados, porque cuando fui a Colborne sabía más de la naturaleza que la mayoría de mis compañeros, cuyo contacto con ella consistía en una casa de veraneo en Georgian Bay y algunos deportes acuáticos en lagos muy frecuentados. Nací y pasé mis primeros catorce años en Sioux Lookout y sus alrededores, a unos tres mil kilómetros al norte de Toronto. El mundo del sur nos llegaba con la aparición diaria del tren transcontinental del Canadian National Railway, que traía correo y paquetes cuando los había. Casi todo el correo era para la mina de mi padre. No era su mina realmente, sino una de las muchas minas que pertenecían a una compañía de la cual mi padre era copropietario; producía piritas de hierro, un mineral poco interesante, pero valioso para el endurecimiento y acrisolado de otros metales y para la obtención del vitriolo verde, muy empleado en tintorería.

A mí me parecía entonces que mi padre era el rey del lugar. Y, ciertamente, era el ciudadano más prominente. Pero ahora entiendo que no pudo ser un hombre muy ambicioso, porque era feliz viviendo en un lugar tan apartado, dirigiendo una explotación minera sin problemas y con poca gente de su misma formación o nivel cultural. Lo que realmente le gustaba era cazar y pescar, y lo hacía durante todo el año, porque no había guardas forestales en las cercanías que vinieran a molestarlo y, como los indios de la reserva cercana cazaban y pescaban legalmente siempre que querían, un hombre que hiciera lo mismo atraía poco la atención.

Mi padre era un hombre de talante amable e indolente. Fue muy bueno conmigo. Me enseñó mucho de ingeniería y matemáticas, sin

que fueran realmente lecciones, y me llevaba al bosque y a navegar en canoa por el lago Seul. Aprendí con él a conocer los árboles, la píceca blanca y la negra, los abetos balsámicos, los pinos gigantes de pequeñas agujas, los regios abedules, cada uno en su propia postura, y los álamos temblones que reflejaban la luz con formas variadas y mágicas cuando el sol brillaba y ofrecían su presencia estremecedora y nerviosa en un bosque casi siempre tranquilo, aunque a veces inquietante. No es que me inquietara, solo cuando me sorprendía la tormenta. No diré que amaba la tranquilidad del bosque, porque formaba una parte importante de mi vida y no me daba cuenta, pero aquella tranquilidad se convirtió para mí en norma y medida de lo que la vida debía ser y aún la llevo dentro de mi alma. Cuando me siento muy necesitado de reposo, en medio de la prisa y el ruido enloquecedores de Toronto, cierro las puertas y echo las cortinas y trato de recuperar la tranquilidad del bosque donde crecí y compartí la vida con mi padre.

Mi madre era un tipo de persona completamente diferente. Había recibido una buena educación, a la manera que se estilaba en su juventud, lo cual quiere decir que nunca se le ocurrió ir a la universidad, pero adquirió una cultura y una serie de conocimientos que pocas jóvenes universitarias parecen tener hoy. Me parece que hizo lo que muchas mujeres hicieron en su época, y permitió que su vida estuviera condicionada por las circunstancias de su matrimonio y los gustos de su esposo. Él era ingeniero y, poco después de casarse, lo hicieron jefe de una mina en Sioux Lookout; pues bien, a Sioux Lookout se fue ella a ver qué le deparaba la vida. Lo que le deparó fue un gran número de posibilidades para estudiar la naturaleza y cultivar plantas, lo cual hizo con entusiasmo. Y le deparó lo que era muy valioso para las mujeres de su clase en aquel tiempo: «hacer el bien», ayudar a los menos afortunados que ella, enseñar nuevas ideas de higiene y cuidado de los niños, hacer que mi padre leyera «la ley Riot» a los borrachos que pegaban a sus esposas, y tratar de ayudar, cuando fuera necesario, a las mujeres indias de la reserva cercana. Era una Buena Influencia, y aunque hoy nos bur-lamos mucho de eso, era algo indiscutible en aquella época, e hizo

su papel con sentido común y entusiasmo. Todo el mundo quería y respetaba a la señora Hullah, aun cuando no siempre quisieran hacer lo que ella consideraba mejor.

En su hogar resolvió que yo no iba a ser un «niño de los bosques», como ella lo llamaba, y a menudo el tren traía de Toronto paquetes de libros y discos de gramófono, y en nuestra casa se oía los domingos a Beethoven y a Brahms (era antes de que empezara la manía de Mozart), y las operetas de Gilbert y Sullivan, que gustaban mucho a mi padre. Me las aprendí antes de empezar a hablar, y me gustaban más que *Fausto*, que mi madre tenía al completo en grandes álbumes de discos. Me gustaba Mefistófeles, pero no entendía cómo Fausto había podido engañar a Margarita ni nadie quiso explicármelo.

Recuerdo aquellos días en Sioux Lookout como un paraíso perdido. Fui un niño solitario, pero me gustaba la soledad y aún me sigue gustando. A pesar de los esfuerzos de mi madre, fui un niño de los bosques, y lo que los bosques me enseñaron permanece en el corazón de mi vida. Y, a diferencia de mucha gente que visito en mi sala de consultas, amé y admiré a mis padres y les estuve y les estoy todavía agradecido. Oh, por supuesto que tuve mi rebeldía de adolescente, pero eso pasó, como deberían pasar todas las enfermedades de la niñez.

6

No, sin embargo, como pasan todas las enfermedades de la niñez. Cuando tenía ocho años, caí enfermo con escarlatina, y aún conservo señales de ella.

¿Cómo la contraje? (O debería decir, ¿cómo y por qué la «cogí»? Porque, como médico, siempre he sido consciente de la sabiduría que encierra el concepto de «coger» una enfermedad y no ser cogido por ella.) De vez en cuando bajaba paseando hasta nuestra pequeña estación de ferrocarril, que no era mucho más que un cobertizo, y miraba y me mezclaba con los pasajeros que bajaban

al andén para estirar las piernas o quizá para admirar el bosque cercano y el gran silencio que lo rodeaba, mientras el tren permanecía parado unos cinco minutos. ¿Tosió o resopló cerca de mí algún pasajero infectado? Así se decía entonces que se transmitía la escarlatina.

Un día pasó algo extraño. Paró el tren, y entre los pasajeros que bajaron al andén para tomar el aire había tres muchachas, algo mayores que yo, de once o doce años, diría, que me miraron con curiosidad, mientras yo les devolvía una mirada adusta. Cuchichearon y rieron entre ellas, y la más atrevida —tenía tirabuzones y llevaba un chaquetón blanco de piel de conejo y zapatos forrados de la misma piel— se acercó y me dio un beso en la boca. Volvieron corriendo al tren, chillando con la excitación de la sexualidad juvenil y me dejaron, con la cara toda colorada, en medio de un grupo de adultos regocijados. ¿Fue eso lo que me transmitió la infección? Lo fuera o no, creo que cogí la escarlatina de aquella joven descarada y, después de varios días de abatimiento, irritación de garganta y vómitos ocasionales, me sentí gravemente enfermo.

Mi madre echó mano del termómetro. Mi temperatura era de treinta y nueve grados y me salió una erupción por todo el cuerpo. Llamaron de inmediato al doctor Ogg.

El doctor Ogg no era precisamente una eminencia de la profesión médica y raramente se le llamaba a nuestra casa, como no fuera en caso de verdadero apuro. El doctor Ogg era un borracho y un fracasado. Su esposa lo había abandonado hacía tiempo para llevar una vida desvergonzada en Winnipeg, algo seguramente más animado que vivir con su esposo. Desde entonces, el doctor había caído en un estado de miseria higiénica y moral. Se ganaba la vida sobre todo recetando botellas de ginebra, whisky y brandi, exigidas regularmente por algunos centenares de ciudadanos del pueblo para dolencias que el doctor Ogg diagnosticaba. Era aquella una época en que la venta de licores estaba prohibida legalmente en Canadá, pero un médico cualificado podía recetarlos cuando era imperativamente necesario, y los médicos cualificados solían hacer-

lo, aunque raramente en la cantidad en que lo hacía el doctor Ogg. Como no había farmacia en el pueblo, guardaba las existencias en su propio despacho profesional, con la ventaja consiguiente de poder vender las botellas al precio que quería. Era, de hecho, un contrabandista de licores vestido con una raída bata de médico, pero cuando surgía una emergencia se recordaba que también era médico.

El doctor Ogg apareció junto a mi cama apestando a desinfectante y a brandi. Estaba razonablemente sobrio, porque temía a mi padre, que le podía crear problemas si se convertía en una desgracia demasiado grave para el pueblo. Me examinó y me olisqueó (nunca lo olvidaré), y se llevó a mi madre fuera de la habitación para decirle que yo tenía escarlatina, probablemente en forma de *scarlatina miliaris*, y que era una enfermedad extremadamente peligrosa. De momento, no había nada que hacer, excepto tenerme lo más cómodo posible y dejar que la fiebre siguiera su curso.

Cuando se marchó fue a ver a mi padre a la oficina de la mina y le dijo que era preciso poner nuestra casa en cuarentena. Todo el mundo lo tenía olvidado, pero el doctor Ogg era el jefe de sanidad de nuestro distrito, y aquello formaba parte de sus deberes. Dijo que si la enfermedad contagiaba a los indios, iba a resultar devastadora, porque los indios no la resistían y las consecuencias podían ser terribles. Así que enviaron unos telegramas y, al día siguiente, el tren de Winnipeg en dirección este trajo varios carteles rojos, que se clavaron debidamente en todas las puertas de nuestra casa, advirtiendo al público que se mantuviera alejado, porque algo muy parecido a la peste acechaba dentro.

Mi padre, de muy mala gana, tuvo que mudarse e instalarse en la oficina de la mina. Dentro de la casa permanecimos mi madre, la muchacha india que constituía el «servicio doméstico» y yo. Mi madre hacía de enfermera y dormía en una habitación contigua a la mía. El doctor Ogg nos visitaba dos veces al día, cada vez más deprimido y pesimista. ¿Por qué mi madre y el doctor Ogg no se contagiaron de la enfermedad a la que estaban expuestos cada día? ¿Por qué yo, en todos mis años de práctica, nunca he «cogido»

nada de mis pacientes? Creo que lo sé, pero mi teoría no encajaría bien en una revista de medicina.

Mi calentura pasó de los treinta y nueve a los cuarenta grados y así se mantuvo durante varios días. Dos veces al día me ponían una «compresa fría», una sábana empapada en agua fría y envuelta en una manta, para reducir la fiebre, pero sin conseguir nada. Al final, el termómetro rozó los cuarenta y un grados y el doctor Ogg le dijo a mis padres que difícilmente llegaría al día siguiente.

Lo que pasó lo sé por lo que mi madre me contó después. Al atardecer del día en que el doctor Ogg anunció la mala noticia, empezaron a aparecer unos indios en nuestro césped, delante de la ventana de mi habitación; retiraron la nieve de una parcela de terreno y montaron una tienda, un cosa sencilla hecha con mástiles inclinados hacia dentro y unidos por los extremos superiores (*tipi* o *wigwam* lo llaman), cubiertos con pieles. Mi madre no entendía lo que estaba pasando y fue mi padre quien se lo explicó, cuando vino al atardecer para hacer su habitual visita. Hablaron a través de una ventana.

—Han ido a buscar a Elsie Smoke —dijo mi padre.

Mi madre sabía quién era Elsie Smoke, una «bruja», una herborista que vendía hechizos contra diversas desgracias, que hacía tónicos y lenitivos con las hierbas que recogía en los bosques y que, en alguna ocasión, había curado con pan enmohecido heridas de hacha o cortes parecidos. Todo esto ocurría antes de descubrirse la penicilina y, para las personas como mi madre, los remedios de Elsie eran irracionales y sucios y, si resultaban efectivos, lo eran por una cuestión de suerte y no por las virtudes curativas del moho.

—¿Qué van a hacer? —preguntó mi madre—. No podemos dejar que Elsie entre aquí. Sabes lo que dijo Ogg. Ya tengo bastante que soportar para que ahora vengan estos a entrometerse. Diles que se vayan.

—No creo que debamos hacerlo, Lily —dijo mi padre—. Ya te he dicho lo agradecidos que están por lo que haces para que la infección no salga de nuestra casa y llegue a la reserva. Quieren ayudar, si pueden. Sería ruín que los echáramos. Apar-



te de que no sé si deben irse —añadió con aire compungido.

Como mi madre, creía sin dudarle que yo iba a morir y aquello iba a ser un duro golpe para los dos. Prueba de la confianza y del amor que se tenían fue que mi madre no insistiera más en que se expulsara a Elsie Smoke o a cualquier otro que viniera.

De esto, como ya he dicho, yo no supe nada, y mis recuerdos de lo que ocurrió después son una mezcla de lo que me contó mi madre y de algunos recuerdos fantasmagóricos en los cuales ella no tomó parte. Terminaron de montar la tienda y a eso de las siete de la tarde apareció Elsie Smoke: llevaba consigo una serie de objetos que mi madre no supo identificar, y entró en la tienda sin hacer un gesto de saludo o reconocimiento a los indios que estaban por allí, quienes, poco después, se fueron a sus casas. No se oyó nada ni hubo ningún indicio de vida en la tienda hasta cerca de las diez, cuando empezaron a oírse las llamadas espaciadas de las aves nocturnas. Las llamadas de las aves, en una noche de crudo invierno, ¿qué pueden significar? Al cabo de un rato, aquellas llamadas se mezclaron con los gritos de los animales, destacando entre ellos el aullido de un lobo, no muy alto, sino apagado, como si viniera de muy lejos. Y, entonces, la tienda empezó a temblar, con unas sacudidas tales que parecía que fuera a salir volando. Las llamadas de las aves y las voces de los animales se fueron disipando y, en su lugar, se oyó un redoble grave de tambor, y siguió sonando durante mucho rato, hasta tal punto que mi madre dijo que aquel redoble era hipnótico, porque la venció el cansancio (me había estado cuidando día y noche durante casi tres semanas), y se echó en su cama, medio vestida, por si yo la llamaba durante la noche.

Yo no oí nada de esto, pues me hallaba en lo que ahora sé que se llama coma, quizá moribundo, porque la fiebre era irresistible. Pero, hacia la medianoche, fui consciente de alguna manera del redoble del tambor y, aunque me tenían estrictamente prohibido que saliera de la cama y, aunque estaba tan débil y tan febril que apenas podía arrastrarme, me las arreglé para llegar hasta la ventana y mirar la tienda temblorosa. La ventana no ajustaba a la perfección

(en aquella época ninguna ventana cerraba bien) y alguna corriente de aire frío entraba por las rendijas laterales. Respiré ansiosamente aquel aire aunque por poco me hace vomitar, dado el estado en que me encontraba. Y allí permanecí, no sé decir por cuánto tiempo, mirando la tienda convulsionada y escuchando el redoble del tambor que, como mi madre dijo, era verdaderamente hipnotizante.

Cuando mi madre vino a las seis de la mañana siguiente, me encontró tendido en el suelo, al lado de la ventana. Dio un grito, segura de que estaba muerto, pero no era así, ni mucho menos, y enseguida me devolvió a la cama y, una vez más (¿cuántas veces?) me tomó la temperatura (en la axila, porque no podía mantener nada en mi boca hinchada y dolorida). Para asombro de mi madre, solo tenía treinta y nueve grados y, a las nueve, cuando vino el doctor Ogg, estaba a treinta y ocho y medio. Yo sudaba a mares.

Ogg quedó encantado y se apresuró a apuntarse el éxito.

—La crisis ha pasado —anunció—: Es lo que esperaba.

—Pero usted dijo...

—Ya lo sé, señora Hullah, pero creí mejor que se preparara para lo peor. Nunca perdí la esperanza. Personalmente, quiero decir. Esa ha sido siempre mi consigna, nunca hay que perder la esperanza.

Fue entonces cuando a mi madre se le ocurrió mirar por la ventana. La tienda había desaparecido y la única señal de su paso (¡y qué señal!) era el trozo de césped marchito sobre el cual la habían plantado. Para que se viera el césped habían tenido que derretirse por lo menos sesenta centímetros de nieve y hielo.

Mi madre le contó a Ogg lo que había ocurrido, aunque ignoraba la importancia que se le podía dar. Pero Ogg sí lo sabía y se puso furioso.

—Maldita marrana metomentodo —dijo con la cara enrojecida—. ¡Ella y las sacudidas de su tienda y toda su necia basura! La echaría de este lugar si no fuera porque la reserva india está fuera de la ley. Lo único que hace es mantener las supersticiones e impedir el avance de la ciencia.

Pronto llegó la buena noticia a mi padre. De ello se encargó Ogg, dispuesto a apuntarse el crédito de cualquier mejoría, aunque ad-

virtió que no había que darle mucha importancia al descenso de mi temperatura.

Pero siguió bajando, aunque no de forma tan espectacular, y al cabo de una semana ya era normal, o alta por pocas décimas, y pude alimentarme con una larga serie de yemas de huevo, ligeramente aromatizadas con ron, que, según mi madre, me ayudarían a recuperar las fuerzas.

Pero tuvieron que pasar diez semanas antes de que me sintiera realmente recuperado. Fue un periodo largo y desagradable el que pasé quitándome la caspa, como copos marrones de piel, que me quedó después de la fiebre. Ogg empleaba una bella palabra para definir aquello: «desescamación», e insistía en que tenían que cepillarme suavemente, de arriba abajo, mientras yo permanecía de pie sobre un periódico, y luego reunir toda las escamas y quemarlas, porque eran infecciosas, igual que yo. Mi madre tenía que ponerse una máscara para no respirar el polvo de mi cuerpo.

Todo este tiempo se lo pasó mi pobre padre durmiendo en la oficina, pero al final ya podía saludarlo desde la ventana de mi dormitorio. En cuanto me dieron el alta como no infeccioso, Ogg exigió que se desinfectara toda nuestra casa, lo que en aquel tiempo significaba una cantidad enorme de solución de ácido carbólico. Acabó con todo el barnizado de los muebles y, como es natural, destruyó todo el empapelado de las paredes, pero mi padre estaba tan contento que prometió a mi madre que irían juntos a Toronto para comprar muebles nuevos.

Lo cual no pudo ser hasta después de la enfermedad de mi madre. Ogg se mostró solícito, aunque estaba perfectamente claro que lo que le pasaba a mi madre era que estaba agotada por la ansiedad y mis atenciones, y lo que necesitaba era «reponerse» con uno de los más poderosos tónicos de Ogg. Era una época de la medicina en la que existía una gran fe en los tónicos, compuestos principalmente de hierro y unas pocas hierbas amargas mezcladas con jerez barato. Mi padre añadió sus propios tónicos, los admirables vinos de su bodega. Siempre fue un aficionado entusiasta del vino, desde sus días de estudiante en Montreal, y guardaba una gran cantidad de

botellas que le hicieron pasar felizmente los rigores de la Prohibición. Ogg estaba convencido de que sus panaceas «hacían sangre». Mi padre estaba igualmente convencido de que sus vinos «hacían sangre» y amplió su teoría hasta incluirme a mí, que tenía que beber a diario una gran cantidad de vino diluido en agua, educando mi paladar, que aún conservo. Pero, por supuesto, aquello era solo «medicinal» y su aspecto agradable puramente accidental.

Supongo por tanto que entre la convalecencia mía y la de mi madre debieron de pasar cuatro o cinco meses y, luego, mis padres, pertrechados con toda clase de medidas, subieron al tren con destino a Toronto para renovar nuestra casa. Se decidió (oh, alegría imposible de explicar) que yo fuera con ellos. Fueron tan buenos que pensaron que después de que la muerte me acariciara merecía aquel detalle.

Y así fue cómo, a la edad de nueve años, camino de los diez, aterricé por primera vez en la ciudad que ha cobijado mi vida y por la que siento un gran afecto. Londres es romántica e históricamente espléndida. París es infinitamente hermosa y tiene un aire de aristocracia pervertida; Viena tiene un espíritu ambiguo —un sabor agridulce— que me encanta. Pero Toronto —la Toronto desmañada, jadeante, presuntuosa— ocupa un lugar especial en mi corazón, como un amor del cual uno se siente algo avergonzado pero que resulta inevitable. Tuve la suerte de que mi primera visita fuera en primavera, cuando los árboles renuevan sus hojas, porque Toronto es la ciudad de los árboles, y los árboles, en cualquier época del año, son su principal hermosura. Si un día perdiera sus árboles, sería como una mujer que perdiera el cabello.

Nos alojamos en el King Edward Hotel y, mientras mis padres se pasaban varios días en los almacenes Eaton, eligiendo papeles de pared y cortinas, yo me quedaba en la biblioteca del hotel, donde varios empleados no me perdían de vista. Pero no hice ninguna travesura; la biblioteca era la típica colección aburrida de libros que suele haber en los hoteles, con la feliz excepción de una alta estantería que alguien había llenado con un montón de revistas, toda una serie de *Illustrated London News*, que se remontaba hasta

los años ochenta y noventa. Me absorbieron hasta dejarme hechizado y me dieron una idea totalmente equivocada del aspecto y la vida de la capital del Imperio británico. De todo cuanto vi en las revistas, los mejores hallazgos fueron las fotografías y crónicas de los estrenos de las operetas de Gilbert y Sullivan que, para mí, eran como si se hubieran estrenado el día anterior.

Hicimos una inolvidable visita al teatro, el Princess, en King Street, hace tiempo desaparecido para hacer sitio a la University Avenue, donde vimos a Fritzi Scheff en *Mlle. Modiste* y yo experimenté mi primer estremecimiento sexual consciente cuando contemplé sus bellísimas piernas. Nunca había ido antes al teatro y, hasta hoy, incluso un drama de degradación e injusticia social me atrae de alguna manera; siempre espero, en esos casos, que aparezca una pierna que ilumine la oscuridad.

Pero la parte más significativa de este chapuzón en la civilización fue la visita a un médico eminente, el doctor James Robb, que tenía que examinarme y dictaminar cuál era mi estado. Se tomó su tiempo y los recuerdos que guardo me hacen pensar que era un diagnosticador capaz y experimentado, pero no muy buen psicólogo, porque después de escucharme, examinarme y medir mis reflejos, procedió a decir a mis padres lo que había descubierto, estando yo presente en el cuarto, de pie, al lado de la silla donde estaba sentada mi madre. Dijo que yo estaba «delicado» y que tenía que ser tratado como tal; que la escarlatina me había dejado con un corazón débil y una considerable pérdida de audición en el oído izquierdo. Que, después de todo, me había librado de milagro de una enfermedad maligna y peligrosa, pero que no debían fatigarme en ningún caso.

Esto tuvo una enorme importancia para mi futuro, porque quien declara a un niño «delicado», unge y corona a un tirano.